



REPRESENTACIONES SOCIALES SOBRE MASCULINIDADES EN JÓVENES VINCULADOS A CONTEXTOS DE VIOLENCIA URBANA*

Cómo citar este artículo:

Valencia-Castaño, S., Orcasita-Pineda, L.T. y Montenegro-Céspedes, J.L. 2025. Representaciones sociales sobre masculinidades en jóvenes vinculados a contextos de violencia urbana. *Revista Latinoamericana de Estudios de Familia*, 17 (2), 147-169.

DOI: 10.17151/rlef.2025.17.2.8.

SARA VALENCIA-CASTAÑO**

LINDA TERESA ORCASITA-PINEDA***

JOSÉ LUIS MONTENEGRO-CÉSPEDES****

Recibido: 21 de marzo de 2025

Aprobado: 17 de junio de 2025

RESUMEN: El presente artículo es resultado de una investigación cualitativa con diseño narrativo por tópicos que buscó caracterizar las representaciones sociales sobre masculinidades construidas por jóvenes entre los 18 y 20 años que estaban cumpliendo sanción en un centro de atención para menores infractores por situaciones de violencia urbana. Se utilizaron como técnicas de recolección la entrevista semiestructurada, el fotovoz y la asociación libre de palabras. La información fue sistematizada en el software ATLAS.ti e interpretada desde el análisis temático. Se observó que las representaciones sociales sobre masculinidades construidas por los jóvenes participantes provenían de diversas fuentes como la familia, los medios de comunicación, los vínculos con sus pares y las dinámicas del contexto social vinculadas al uso de armas, desafiar la muerte o espacios donde era natural el consumo de sustancias psicoactivas (SPA), lo que permitía la reafirmación de su masculinidad. La masculinidad la relacionaban con el poder, el ser fuerte, el proveer económicamente el hogar; mientras ser gay, usar prendas “femeninas” o la expresión

* El presente producto se articula al Proyecto de Investigación: Masculinidad y homoerotismo en contextos castrenses de Colombia (Código: 20811). Pontificia Universidad Javeriana Colombia.

** Magister en Derechos Humanos y Cultura de Paz. Pontificia Universidad Javeriana Seccional Cali. Bogotá, Colombia.svalencia26@javerianacali.edu.co

 <https://orcid.org/0009-0009-8825-4710>. Google Scholar

*** Candidata a Doctora en Estudios de Familia. Universidad de Caldas. Magister en Familia. Pontificia Universidad Javeriana Seccional Cali. Departamento de Ciencias Sociales. Cali (Valle del Cauca), Colombia. Itorcasita@javerianacali.edu.co.

 <https://orcid.org/0000-0002-7599-9280>. Google Scholar

**** Magister en Psicología de la Salud. Pontificia Universidad Javeriana Seccional Cali. Departamento de Ciencias Sociales. Cali (Valle del Cauca), Colombia. jose.montenegro@javerianacali.edu.co

 <https://orcid.org/0000-0001-9360-8338>. Google Scholar

DOI: 10.17151/rlef.2025.17.2.8.

Revista Latinoamericana de Estudios de Familia, 17(2), julio-diciembre 2025, 147-169

ISSN 2145 - 6445 (Impreso)

ISSN 2215-8758 (En línea)



emocional no era ser masculino. Se evidenció actitudes afirmativas hacia la masculinidad hegemónica por las características que esta promueve. Sin embargo, también resaltaron actitudes negativas relacionadas con el machismo, la soledad y la sobrecarga y tuvieron apertura a otras formas de masculinidad a partir de la paternidad activa y participación en las tareas domésticas. Se concluye que la construcción de la representación social de masculinidades en los jóvenes se relaciona con la desigualdad de género frente al involucramiento en contextos de violencia urbana, la cual es una cuestión atribuida a los hombres casi que naturalmente.

PALABRAS CLAVE: juventud, masculinidad, representaciones sociales, violencia urbana

SOCIAL REPRESENTATIONS OF MASCULINITIES IN YOUNG PEOPLE INVOLVED IN URBAN VIOLENCE CONTEXTS

ABSTRACT: This article is the result of a qualitative study with a narrative design by topics that aimed to characterize the social representations of masculinities constructed by young people aged 18 to 20 who were serving a sentence at a juvenile detention center due to urban violence situations. Semi-structured interviews, photo-voice, and free word association were used as data collection techniques. The information was systematized in the ATLAS.ti software and interpreted through thematic analysis. It was observed that the social representations of masculinities constructed by the participating youth came from various sources such as family, the media, peer relationships, and social context dynamics related to the use of weapons, challenging death, or spaces where the consumption of psychoactive substances (PAS) was common, all of which allowed for the reinforcement of their masculinity. They associated masculinity with power, being strong, and financially providing for the household, while being gay, wearing "feminine" clothing, or expressing emotions was not considered masculine. Affirmative attitudes towards hegemonic masculinity were evident due to the characteristics it promotes; however, they also highlighted negative attitudes related to machismo, loneliness, and overburden, while remaining open to other forms of masculinity, particularly through active fatherhood and participation in domestic tasks. The study concludes that the construction of the social representation of masculinities among these young people is linked to gender inequality in the context of urban violence, which is almost naturally attributed to men.

KEY WORDS: youth, masculinity, social representations, urban violence

Introducción

Los estudios de masculinidades surgen entre las décadas de 1950 y 1970, a partir de los cuestionamientos de la teoría feminista (Viveros, 2002). En 1949, De Beauvoir indica que lo femenino y lo masculino son una construcción cultural sobre el sexo biológico que asignan mayor valor a lo masculino, asociado a lo valioso, fuerte e importante, mientras lo femenino se considera secundario y débil (Campero, 2010). En los años 80 se inició el debate sobre el reconocimiento relacional del género, lo que dio lugar al estudio de la masculinidad como objeto de análisis en las ciencias sociales, permitiendo profundizar en la identidad de género, los cambios en los roles sociales y sexuales, y las relaciones inter e intragénero (Viveros, 2002).

Connell (1995) identifica la masculinidad hegemónica como un mecanismo de dominación masculina que afecta la salud y el bienestar de mujeres, niñas y niños. Sin embargo, el impacto que esta ejerce sobre la salud de los hombres ha sido escasamente problematizado por el sector epidemiológico (Organización Panamericana de la Salud, 2019). La socialización masculina hegemónica es un factor de riesgo, pues Viveros (2002) menciona la relación entre las masculinidades y las diversas violencias, especialmente en espacios urbanos, donde predominan la rivalidad, la competencia, la necesidad de demostrar superioridad y la facilidad para ejercer daño sobre otros. Esta tendencia se vincula con la falta de educación emocional en la socialización, donde el homicidio es una representación de extrema violencia relacionada con esta masculinidad (Cruz, 2011).

Diversos grupos sociales de hombres han reflexionado sobre la socialización de la masculinidad tradicional, visibilizando los efectos negativos que esta genera en las personas y las sociedades, como es la muerte masculina. De Keijzer (1997) señala que la masculinidad hegemónica tiene un fuerte poder explicativo en relación con las muertes de hombres. Asimismo, una investigación en Estados Unidos, Reino Unido y México sobre la herencia socio-cultural de la masculinidad con jóvenes entre los 18 y 30 años muestra que adherirse a los mandatos de la masculinidad hegemónica tiene consecuencias graves: mayor probabilidad de arriesgar la salud, romper vínculos íntimos de amistad, resistirse a buscar ayuda, y presentar síntomas de depresión o ideación suicida. Además, estos hombres tienen más probabilidad de ejercer violencia contra otros hombres y mujeres, ser víctimas de violencia, y tener conductas de riesgo como el consumo abusivo de alcohol o la implicación en accidentes de tránsito (Heilman et al., 2017).

Por otra parte, Villaseñor-Farías y Castañeda-Torres (2003) estudian la violencia sexual en adolescentes mexicanos entre los 12 y 19 años. En su investigación, observan que los hombres son los principales victimarios de este tipo de violencia, que se origina por factores como la imposición de la heterosexualidad, la racionalidad masculina y el privilegio de poder infligir violencia. El estudio concluye que, cuando

los hombres son las víctimas de violencia sexual, esta suele estar relacionada con masculinidades subordinadas o alternas, debido a su posición social, política, étnica, cultural, identidad sexual o bien porque no responden a la violencia con más violencia. Zubillaga (2005), por su parte, señala que hay diversas situaciones que inducen a los jóvenes a involucrarse en estas, como la adquisición de la conciencia de la propia masculinidad como merecedora de respeto, la necesidad de hacerse respetar, la demostración de temeridad y la adquisición de armas. El autor concluye que este modelo de masculinidad, y su ejercicio violento, está regulado por una socialización permanente que propone dinámicas extremadamente violentas para la “salvación”.

En Perú, Dávila (2004), en un estudio con 24 adolescentes escolarizados, observa que la calle es un espacio primordial de socialización, donde los jóvenes interactúan con sus pares, actúan y sienten conforme a lo que se espera de ellos. La relación con los amigos del barrio representa una oportunidad ideal para transgredir las normas familiares y sociales. En este contexto, la violencia juvenil funciona como una forma de demostrar hombría a nivel individual, asociada a la obtención de respeto y admiración por parte de otros hombres a través de sus expresiones violentas.

Por otro lado, un estudio realizado en España sobre las representaciones sociales de género y sus implicaciones en la desigualdad entre hombres y mujeres concluye que dichas representaciones tienen una influencia evidente en el mundo social, dado que tienen la capacidad de institucionalizar significados y contextos. Además, se identifica una tendencia dominante a asociar el género con características biológicas de diferenciación sexual (Bruel et al., 2013). La desigualdad también está entre los mismos hombres, como lo encuentra Delgado (2016) en su estudio. El autor concluye que las historias de vida y condiciones estructurales de algunos hombres incrementan la probabilidad de estar en escenarios donde la violencia es la protagonista. Aunque, Delgado (2016) resalta que no se espera afirmar una relación entre la masculinidad y la violencia.

En Colombia, Viveros (2002) desarrolla uno de los estudios precursores sobre masculinidades en el Chocó y en el Eje Cafetero, que tienen diferencias étnicas, socioeconómicas y culturales. Expone que los varones de la ciudad “blanco-mestiza” son representados como “proveedores responsables”, “padres presentes” y “esposos monógamos y heterosexuales”; atributos asociados a la masculinidad hegemónica, que se comenta como el ideal predominante en Colombia. En contraste, los varones de la ciudad “negra” son señalados como “padres ausentes”, “maridos promiscuos e infieles” y “proveedores irresponsables”. Viveros (2002) concluye que en Colombia las definiciones sociales de un “hombre de verdad” corresponden a dos ejes polarizados: por un lado, los mandatos de responsabilidad y protección hacia mujeres y menores de edad; y, por otro lado, los valores construidos en torno al poder, la fuerza física y la validación entre pares.

Tobón et al. (2009) exponen que las representaciones sociales masculinas

funcionan como una norma social transmitida de generación en generación. Estas se materializan en valores como la autoridad, la fuerza, el dominio, la seguridad y la responsabilidad, y terminan por vincular a los hombres con las guerras, las violencias intrafamiliares, conductas agresivas y subvaloración de su propia salud.

La familia se constituye como un espacio central en la transmisión de una educación sexista, como lo evidencia un estudio cualitativo desarrollado en Cali, Colombia, con padres de hijos gays. En sus narrativas se observa una fuerte presencia de la masculinidad hegemónica, reproducida desde su propia crianza. Estos hombres crecieron en una época dominada por el modelo masculino tradicional, donde sus propios padres fueron los principales proveedores económicos del hogar, y marcaban la autoridad en la casa (Montenegro et al., 2019).

Otra investigación cualitativa realizada en Medellín, Colombia, con jóvenes con antecedentes violentos vinculados a pandillas y otros que evitaron unirse a ella, analiza las diferentes trayectorias de socialización masculina. Baird (2012) explica que tanto los jóvenes con antecedentes violentos como aquellos sin ellos buscaban desarrollar su masculinidad a través de elementos tradicionales y contextuales como el estatus, el respeto, la dignidad y el reconocimiento. Sin embargo, la forma en que cada grupo persiguió esos valores varió, a pesar de vivir en barrios igualmente pobres. En el caso de los jóvenes “no violentos”, su socialización estuvo mediada por una vida familiar estable, apoyo social constante y relaciones afectivas positivas. No obstante, los jóvenes “violentos” lo hicieron por medio de amistades o familiares que estaban vinculados en pandillas, o como respuesta a las oleadas de violencia en sus vecindarios, que les obligaban a tomar control territorial.

Las representaciones sociales sobre las masculinidades están relacionadas con la heterosexualidad, la racionalidad, la capacidad de ejercer violencia, la fuerza física y el responsable a nivel económico y de autoridad en el contexto familiar y social. No cumplir con estos mandatos puede percibirse como una pérdida de posición social, lo cual expone a los hombres a situaciones de riesgo, como son las muertes violentas. La Organización Panamericana de la Salud (2019) resalta que la causa más común de la mortalidad en la masculinidad entre los 5 y 49 años es la violencia interpersonal; entre los 50 y 70 años (o más) son las enfermedades isquémicas del corazón y la cirrosis hepática. En Colombia, el Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses (2024) reporta 25 563 muertes violentas de hombres en 2023 y 25 299 en 2024. Estas cifras se relacionan con las normas de género que configuran lo que debe de ser un hombre. Kaufman (1999) menciona sobre la relación bidireccional masculinidad y violencia. Por ello, una perspectiva crítica y reflexiva sobre esta problemática debe centrarse en los hombres, teniendo en cuenta que esto es un asunto social que debe ser abordado.

En este marco, la presente investigación tuvo como objetivo caracterizar las representaciones sociales sobre masculinidades construidas por jóvenes vinculados a situaciones de violencia urbana pertenecientes a un centro penitenciario.

Metodología

El estudio se fundamenta en las representaciones sociales sobre masculinidad, la violencia urbana y las juventudes. Según Jodelet (1986), la representación social surge de una actividad cognitiva del sujeto y se construye en función del contexto, reflejando valores, ideologías y creencias del grupo al que pertenece. Estas representaciones se construyen según las normas sociales que contribuyen a regular las relaciones sociales y a definir identidades y patrones de comportamiento, que se transforman a partir de las interacciones sociales (Bruel et al., 2013; Butler, 2006). Por su parte, Bourdieu (1996) reconoce las representaciones de la masculinidad como una incorporación de *habitus*: un sistema de disposiciones duraderas y transferibles, y estructuras predispuestas para funcionar como nociones moldeadoras.

Connell (como se citó en Schöngut, 2012) plantea que la masculinidad, más allá de ser un concepto en sí mismo, constituye un proceso que se manifiesta mediante prácticas insertas en el sistema sexo-género. El modelo patriarcal hegemónico está incorporado en la subjetividad masculina, configurando su identidad masculina a través de mandatos de género que señalan lo que se espera de los hombres y las mujeres (Ospina, 2014). En esta misma línea, Bourdieu (2000) menciona que los hombres, particularmente, se encuentran atrapados en la representación dominante de la masculinidad, ya que, ante la falta de opciones alternativas, se ven obligados a afirmar su virilidad constantemente, la cual es entendida como capacidad reproductiva, desempeño sexual y reconocimiento social y, además, como habilidad para ejercer violencia o imponerse en conflictos (Guzmán y Díaz, 2014).

La violencia urbana es un fenómeno social que se origina en conflictos y desigualdades sociales y económicas, particularmente en zonas urbanas empobrecidas, segregadas y excluidas. Esta violencia está atravesada por la posesión de armas, que representa un símbolo central de la masculinidad. Para muchos jóvenes, portar un arma refleja valor y facultad de defenderse para demostrar su hombría (Briceño-León, 2002). Además, la violencia como un rito de iniciación -mediante peleas o consumo de sustancias psicoactivas (SPA)- en el que los jóvenes buscan distanciarse de aquello que se asocia con la niñez, lo femenino o la homosexualidad (Katzkowitz et al., 2017). Esta dinámica resulta preocupante, puesto que puede llevarlos a arriesgar la vida propia o ajena por motivos banales. Por lo tanto, las masculinidades están sometidas al ir y venir de la vida social en sus distintas esferas: económica, política y cultural (Briceño-León, 2002).

Esta investigación fue de enfoque cualitativo, con diseño narrativo por tópicos (Salgado, 2007). Los participantes fueron 11 hombres, con edades entre los 18 y 20 años, que se encontraban en calidad de internos de un Centro de Atención Especializado (CAE) para menores infractores. Todos ellos estaban cumpliendo las sanciones impuestas por haber cometido infracciones relacionadas a violencia

urbana cuando eran menores de edad. Los criterios de inclusión fueron: (1) tener entre 18 y 25 años; (2) encontrarse en calidad intramural del CAE para menores infractores, sancionados por una infracción de violencia urbana y; (3) haber firmado el consentimiento informado. El muestreo realizado fue no probabilístico por conveniencia (Scharager y Reyes, 2001).

La recolección de información se desarrolló mediante una entrevista semiestructurada (Díaz, 2004). Además, se utilizó la técnica participativa de fotovoz¹ (Wang y Redwood-Jones 2001), en la cual se les presentaron diversas imágenes con el propósito de que los participantes visibilizaran sus representaciones de masculinidades. Esta técnica favoreció el desarrollo de un discurso profundo, estimulado por tarjetas de puntuación, frases típicas y formato de asociación libre de palabras (Sanz et al., 2018). Las técnicas fueron diseñadas con base en las categorías de análisis: fuentes de información, características asociadas a la masculinidad, actitudes asociadas a las masculinidades y campo representacional de la masculinidad.

La recolección de información fue desarrollada en diferentes fases, comenzando con el contacto con los participantes para la presentación de la investigación, sus objetivos y la entrega del consentimiento informado. La duración de cada entrevista fue de una hora y media. Posteriormente, las entrevistas fueron transcritas y codificadas en el Software ATLAS.ti, acorde a los criterios metodológicos del estudio y el análisis de tipo temático. La investigación se acogió a los criterios éticos contemplados en la Ley 1098 de 2006 y los planteamientos de la Ley Estatutaria 1581 de 2012 y los Decretos Reglamentarios 1377 del 2013 y 1081 del 2015 para solicitar expresa autorización sobre el manejo de datos sensibles, los cuales son susceptibles de protección legal y constitucional, así como la Resolución 8430 de 1993 del Ministerio de Salud.

Resultados

Los participantes de este estudio fueron 11 jóvenes, entre los 18 y 20 años, que se encontraban en el Sistema de Responsabilidad Penal para Adolescentes en Colombia en el CAE. Las sanciones que motivaron su reclusión correspondieron, en su mayoría, a homicidio y homicidio agravado; también se incluyeron feminicidio agravado, violencia intrafamiliar, acceso carnal, hurto calificado y extorsión agravada. La mayoría de los jóvenes habían estado involucrados en múltiples infracciones, siendo el hurto y el tráfico de estupefacientes las más recurrentes. El consumo de SPA estuvo presente en la mayoría de los participantes; las más comunes fueron la

¹ El fotovoz es una técnica cualitativa, donde las personas participantes toman fotografías o usan imágenes que puedan representar temas que son complejos de abordar, donde este recurso facilita la expresión, el diálogo, la co-construcción de conocimiento y el reconocimiento de necesidades o problemáticas del contexto para promover reflexiones y transformaciones políticas a nivel personal y comunitario.

marihuana y la cocaína (perico), aunque también se reportaron casos de consumo de bazuco, popper, tussi, pegante y fármacos sedantes. El uso de armas fue un elemento común en todos los participantes, quienes reportaron el manejo de cuchillos, destornilladores, pistolas, navajas, escopetas y revólveres. En relación con el entorno familiar, nueve participantes tenían familiares con antecedentes de consumo de SPA, mientras que siete reportaron familiares con participación en actividades delictivas.

Fuentes de información sobre masculinidades

En el análisis de las narrativas se observa que la información de los participantes sobre las masculinidades provenía de diversos entornos de socialización, como la familia, el barrio, los medios de comunicación, entre otros. En relación con el entorno familiar, el modelo de crianza y la estructura familiar, se encontró en común en algunos participantes que no habían contado con la figura paterna por circunstancias relacionadas a la violencia, como el homicidio de este, el involucramiento en el delito o el consumo abusivo de SPA.

Lo anterior impactó en las representaciones y valores construidos socialmente respecto a la masculinidad, los cuales fueron aprendidos desde otras personas que ejercieron el rol de caudillo para ellos. En este proceso de aprendizaje primario de “ser hombre”, los jóvenes expresaron nociones básicas como: estudiar, trabajar, proveer el hogar, ganarse el respeto de otros hombres, respetar a las mujeres, la lealtad, ser ambiciosos y obstinados con sus objetivos, y realizar ciertos trabajos como obras de construcción. Así lo expresó un participante:

Dependiendo de si es un hombre bueno, si es un hombre malo... uno bueno lo que haría es estudiar, trabajar honestamente y ayudar a las personas... un hombre malo, robar, ser malo con las demás personas, ser malo con las mujeres pegándoles y maltratándolas.

También se evidenció que las figuras masculinas dentro del entorno familiar de los participantes -como padres, hermanos o tíos- habrían estado relacionadas con actos delictivos, solo un participante afirmó que nadie de su familia se encontraba en este contexto.

Por otro lado, los medios de comunicación jugaron un papel fundamental en el refuerzo y la transmisión social de las masculinidades. Al indagar sobre el material de comunicación que consumían los participantes, se observó que la mayoría manifestaron programas relacionados a la acción, guerras, conquistas, narcotráfico y sicariato. Otros expresaron consumir telenovelas, películas de princesas o programas de información científica. Estos referentes mediáticos influyeron en la construcción de modelos masculinos mayormente significativos para los participantes, caracterizados

por la rebeldía, desinterés en el amor romántico, maldad, dominancia sobre sus pares, o el deber de protección y salvación como expresión de poder. En contraste, otros modelos de masculinidad mal vistos fueron por su acercamiento a la expresión de enamoramiento, pertenencia a prácticas de disciplina académica, doctrinas religiosas o gustos alusivos a lo femenino. Como sucedió con el participante que se reconoció con orientación homosexual y solicitó no revelar que le gustaban las películas de princesas, porque dicha información podría generar problemas con sus compañeros.

En el análisis de los modelos de masculinidad difundidos por diversos medios de comunicación -como la televisión, revistas, radio, etc.- se encontró que, con frecuencia, los jóvenes los perciben como modelos postizos, alejados de su realidad cotidiana. Incluso, fue posible percibir en sus discursos cierta resistencia ante estos modelos, situándolos como vanidosos y pretenciosos. Además, estos hombres eran leídos como individuos ubicados en posiciones de privilegio, caracterizados por criterios hegemónicos, acceso a derechos y bienes como la educación, el empleo y otros recursos. Desde la perspectiva de los participantes, dicho privilegio habilita conductas despectivas y relaciones de sometimiento con otros hombres de menor privilegio. Así lo expresa un participante:

Algunos serían egocentristas, serían un poco más apáticos, algunos serían menospreciadores, de pronto con sus trabajadores o algo, algunos se creerían más que los demás y así. Físicamente lo más común... Más que todo blancos y morenos... pero entonces usted analiza y en una película o algo salen más blancos que negros... casi siempre es lo que uno ve... siempre salen más personas blancas que negras, no sé por qué...

Por otra parte, el contexto social de los participantes permitió identificar tres elementos básicos: las prácticas que los jóvenes definen como propias de los hombres, los lugares que frecuentan los varones (el barrio cobró un rol primordial), y las conversaciones que suelen tener. En este ejercicio se halló que los jóvenes señalan como propias las prácticas relacionadas al deporte de fútbol o billar, el consumo de alcohol y SPA, y la ejecución de acciones delictivas con la opción contrapuesta de trabajar, como lo mencionó un participante: “unos hombres son trabajadores, otros como le digo se dedican a robar a matar y a deshacer...”. Además, se halló que los lugares mayormente mencionados están directamente enlazados con las diferentes prácticas descritas. A estos se suman espacios caracterizados por el disfrute del ejercicio de la prostitución femenina, la sumisión de las mujeres, y el disfrute individual pleno de la sexualidad.

El barrio fue descrito como un escenario cotidiano en la vida de los participantes, caracterizado por la presencia constante de violencia, en el cual apuntan los jóvenes que se da el relacionamiento con los pares que hacen (además

de la familia) las veces de mentor en el ejercicio de aprender a ser hombre. En este punto, se destaca el énfasis sobrepuesto en la práctica de robar o empuñar un arma, como símbolo de dominancia, como lo expresa así un participante: “por lo menos en el barrio, yo cuando tenía trece años que no me temblaba la mano para matar ni nada, entonces ya todo el mundo me quería ‘ah usted es capaz de matar y es menor’”. Además, se resalta la palabra menor, como aquella implicación de inicio legal que implica menores repercusiones, y de percepción de poder en su espacio social frente a los mayores.

Similar a lo anterior, se observó en las conversaciones entre pares que los temas más recurrentes estaban relacionados con el fútbol, el tener sexo, las mujeres, el delinquir y el divertirse en espacios donde el consumo de alcohol u otras SPA era común. Adicionalmente, se evidenció que la pertenencia social determina las relaciones de los jóvenes con sus pares y los aprendizajes que de allí surgen. Uno de los jóvenes manifestó que la oficina de sicariato era como una familia, la cual estaba caracterizada por la lealtad mutua, a cambio de la confianza que ponían sobre él, principalmente, las figuras de mayor autoridad. Por otro lado, se mencionaron las barras bravas como un espacio de pertenencia, expresión y libertad, que también funcionan como un espacio de iniciación al consumo de SPA. Asimismo, se destacó la importancia que daban los jóvenes a utilizar estos espacios para autodefinir poderes entre los miembros de las barras, frente a otras barras o, incluso, a la autoridad estatal.

Características asociadas a la masculinidad

En esta categoría se indagó la información que poseen los participantes sobre ser hombre o sobre la masculinidad. Se hallaron determinadas cualidades asignadas y otras desagregadas de la masculinidad de forma reiterada. Para esta exploración se utilizó la técnica de asociación libre de palabras, donde se resaltó que el ser fuerte, trabajador, responsable, serio y aspectos alusivos a la sexualidad predominaron como las características que representaban a los hombres. No obstante, términos como ser gay, usar tacones y/o faldas, delicado y sentimental fueron características repetidas que hacían referencia a lo que no debería ser un hombre. De los resultados del ejercicio de asociación libre de palabras, fue posible extraer y conformar las siguientes nubes de palabras (Figuras 1 y 2).

Figura 1. Nube de palabras ¿Cuáles son las principales características de un hombre?



Fuente: elaboración propia.

Figura 2. Nube de palabras ¿Cuáles son las características que no debería tener un hombre?



Fuente: elaboración propia.

Adicionalmente, al indagar sobre las ventajas que los participantes consideran de ser hombres, se expresaron ideas divididas en cuatro nociones: fácil acceso a sostener relaciones con varias mujeres, mayores libertades dadas desde el núcleo familiar para el ocio, no vivir los procesos fisiológicos concebidos como femeninos (embarazo, menstruación, dolor a la hora de tener relaciones) y, con marcada repetición, se encontró el eficaz y rápido acceso al trabajo o empleo. Como lo manifestó un participante: “que el hombre con los papás tiene más privilegios y lo dejan salir a más temprana edad, los sitios a más temprana edad... pueden traer las amigas a la casa”.

De igual manera, a través de la técnica de fotovoz se abordó sobre el interrogante qué es ser masculino. La mayoría de los participantes coincidió en que las imágenes, donde se percibía una masculinidad asociada a la rudeza, la capacidad de pelear y la posesión nula de miedo, hacían alusión a lo masculino, así como aquello relacionado con el ejercicio militar o la guerra, como lo expresó un participante: “se ve rudo... no se ve como gay... es hombre y serio, como una persona seria... Con carácter... Como su postura de firmeza”.

Actitudes relacionadas a la masculinidad

De acuerdo con las narrativas, se identificaron diferentes actitudes relacionadas a la masculinidad: (a) actitudes afirmativas y negativas hacia la masculinidad hegemónica; (b) actitudes afirmativas y negativas hacia masculinidades alternas o subordinadas y; (c) actitudes en movimiento o conflicto. En primera instancia, se encontró en mayor medida aquellas posturas afirmativas de la masculinidad dominante a nivel social, que validan la idea de ser hombre como una persona primordialmente heterosexual, con poca expresión emocional, con fuerza física, trabajador, inteligente, proveedor y protector de la familia, impetuoso y con la capacidad de liderar. Estas ideas se denotan como el ideal de ser hombre. Así como expresó un participante: “los hombres no lloran... Así me decía mi papá”.

Sin embargo, en menor medida se identificaron actitudes negativas hacia ese modelo hegemónico de masculinidad, donde se evidenció rechazo sobre el poder que pueden ejercer ciertos hombres sobre las mujeres y su libertad, tal como lo expresó un participante al referirse a cómo son los hombres en Colombia:

Los hombres en Colombia son muy machistas, que la mujer tiene que hacer lo que ellos digan, que la mujer es para estar en la casa... un hombre machista es al que le gusta que la mujer mantenga en la casa haciendo el aseo, no le da libertad, que le gusta pegarles, le gusta insultarlas, que les gusta que las mujeres sean sumisas... Una mujer sumisa hace lo que le dice el marido.

También aparecieron otras nociones sobre las desventajas de ser hombre, como: la vivencia de la soledad, la sobrecarga del rol en función de su género e incluso la sensación de tristeza o desasosiego cuando no es posible ejercer ese rol según lo estipulado en el lugar que se habita. Así lo expresaron dos participantes: “somos orgullosos, desaprovechamos a las personas que nos quieren, mantenemos desconfianza... no confiamos en nadie” y “la responsabilidad en todo, en la casa, en el trabajo, en todo. Mantener una familia, porque a la mujer le queda muy duro mantener una familia”.

Por su parte, emergieron también actitudes afirmativas y negativas sobre las masculinidades alternas o subordinadas. En relación con las primeras, se identificó una disposición hacia la aceptación y el tránsito hacia masculinidades que incorporan el cuidado, la sensibilidad y el enamoramiento como parte de su expresión. Aunque en menor medida dentro del grupo de participantes, algunos jóvenes se cuestionan sobre la transformación de los roles masculinos, evidenciando una apertura a asumir responsabilidades tradicionalmente atribuidas al rol femenino. Así lo manifestaron dos participantes “eso de que, si cocino, soy gay, no, a mí me parece normal ¿no?” y “usted sabe que ese oficio es oficio de la mujer, pero uno de hombre también puede criar al hijo y hasta mejor”. Asimismo, hubo reflexiones sobre la importancia de ejercer una paternidad activa, así como la disposición a participar en tareas domésticas como la cocina o el aseo. Estas manifestaciones sugieren un distanciamiento, aunque apenas inicial, importante de los modelos tradicionales de masculinidad centrados en el dominio y la fuerza.

En cuanto a las actitudes negativas, se observó posturas de rechazo hacia expresiones masculinas diferentes al modelo hegemónico, como aquellas que son concebidas como propias de hombres con sexualidad diversa a las mujeres. Un participante dijo:

Hombre es un hombre... porque hay manes que son maricas y uno cómo dice ‘marica’ pues uno como dice ‘son hombres’, pero son maricas entonces no son hombres... hay unos que son masculinos y otros que no: los gays son hombres, pero no son masculinos... No es hombre de verdad.

Esta información se puede contrastar con la nube de palabras (Figura 2), en la cual se evidencian características como ser homosexual, la expresión sentimental, el uso de elementos como faldas, tacones, ser delicado o no ser ente protector o proveedor de la familia.

Por último, se encontraron actitudes en movimiento o conflicto, las cuales se identificaron en el análisis de los testimonios que revelaron tensiones entre las normas tradicionales de género y la construcción de la identidad masculina. Estas tensiones se agrupan en tres ejes principales: la paternidad y el rol masculino en la

crianza; la relación entre masculinidad y tareas domésticas y; los conflictos internos sobre identidad y orientación sexual. Respecto a la paternidad y el rol masculino en la crianza, varios participantes mencionaron que esta ha sido históricamente una función femenina, por lo cual a los hombres les puede resultar difícil asumir este rol de manera natural. Sin embargo, expresaron admiración por aquellos que deciden dedicarse activamente a la paternidad, reconociendo que los hombres también pueden desempeñar esta función de manera efectiva.

En cuanto a la relación entre la masculinidad y las tareas domésticas, se evidenció la persistencia de estigmas sociales asociados a la participación de los hombres en actividades domésticas, en particular la cocina. Si bien algunos participantes cuestionan la idea de que cocinar afecta la masculinidad, reconocen que estas creencias siguen presentes en sus entornos familiares. Mientras que en algunos hogares se fomenta la independencia en estas tareas, en otros se restringe la participación masculina en la cocina.

Finalmente, en una de las narrativas se observaron los conflictos internos sobre identidad y orientación sexual. El joven, a pesar de ser una persona homosexual (según caracterización del CAE), manifestó el deseo de ajustarse a la norma heterosexual y cumplir con los estándares tradicionales de masculinidad, lo que reflejó la presión social por encajar en un modelo hegemónico. Incluso en su relato, atribuyó parte de su infracción de feminicidio y acceso carnal violento como un hecho buscado intencionalmente para tener un acercamiento, nunca antes logrado, a una mujer; entendido como la necesidad de forzarse a afirmar su rol masculino heterosexual.

Campo representacional de la masculinidad

Para explicar el campo representacional de la masculinidad, fue necesario identificar elementos objetivados, como la calle, las armas, la condición de ser menor, la muerte y las liebres (enemigos). La calle fue concebida por los participantes como el espacio donde los hombres desempeñan actividades que transgreden las normas familiares y comunitarias, y que se asocian con el consumo de SPA, la actividad delictiva y la necesidad de enfrentar peligros para obtener la validación externa. Las armas fueron percibidas como símbolos de poder, dominio y protección que les permitían ser medios de ascenso al interior de estructuras de poder informales.

En cuanto a la condición de ser menor, se vinculó con la necesidad de demostrar fortaleza y capacidad, especialmente en los ámbitos de la violencia y la sexualidad. Se identifica que esta condición facilita la manipulación por parte de actores que reclutan jóvenes para actividades delictivas. En relación con la muerte, al ser concebida como un suceso inevitable, los participantes expresaron que debía temerse. Esta idea condujo a una naturalización de la posibilidad de morir a temprana edad, de modo que exponerse a situaciones de violencia y/o riesgo era una forma

de desafiarla. Finalmente, las liebres (enemigos) emergieron como figuras centrales en los discursos sobre masculinidad y poder, pues se mantenía una dinámica de confrontación constante, donde la disputa territorial y el reconocimiento dentro del grupo se construyen a partir de la rivalidad con otros.

Ahora bien, se evidenció que el eje articulador de las representaciones de la masculinidad era el poder, que se relacionaba con la familia y el dinero. La familia apareció como un pilar fundamental en la construcción de la identidad masculina, pues es un símbolo de fortaleza, propósito y validación. Por último, el dinero fue un recurso que otorga control absoluto sobre la vida y las decisiones, al cual se le atribuyó la capacidad de facilitar el acceso a bienes materiales, influencia y seguridad. En esta perspectiva, el dinero no solo es una herramienta, sino un fin en sí mismo que define el éxito y la autonomía.

Discusión

Las representaciones sociales sobre masculinidades en jóvenes vinculados a contextos de violencia urbana se configuran por diversas situaciones que las inculcan y refuerzan a lo largo de su curso de vida. Estas representaciones emergen de un entramado de ideas, posturas morales y referentes históricos y culturales que legitiman normas sociales y se reproducen, transforman e intercambian por las interacciones grupales (Araya-Umaña, 2002; Berger y Luckmann, 1968). La figura paterna se posiciona como un determinante en la concepción inicial de la expresión masculina para su inducción del sujeto a la sociedad y la referencia central del rol masculino. Sin embargo, la mayoría de los participantes señalaron haber crecido en ambientes primarios, es decir, en familias donde no cuentan con una figura paternal y con escaso acompañamiento afectivo. Como consecuencia, el proceso de aprendizaje sobre cómo “ser hombre” se brindó por otros familiares; la mayoría de estos estuvieron involucrados en acciones relacionadas a la expresión violenta. Cruz (2011) plantea que la violencia urbana es inherente a la figuración masculina, señalando que esta expresión está asociada con la rivalidad, la competencia frente a los pares, la demostración de la superioridad frente al otro y, al parecer, el hombre podría matar con mayor frecuencia en donde el tejido afectivo es mínimo.

Se encontró una dicotomía entre los aprendizajes y las ideas transmitidas por los hombres del entorno familiar de los participantes. Por un lado, estos señalan la importancia de trabajar de manera legal, de ser responsables y honestos, aunque en la praxis han aprendido a ejercer el delito. Por otro lado, se expresa el ideal de hombre que estudia, trabaja y provee a la familia. Esta dualidad permite entrever que los valores conceptualizados como masculinos están ampliamente relacionados con la masculinidad hegemónica del país, “blanco-mestiza”, descrita por Viveros (2002), y que estos valores han sido normalizados dentro del lenguaje y en su transmisión

generacional. Además, la realidad práctica termina imperando en la abstracción de la masculinidad, la cual es aprendida a partir de un mecanismo vicario (por observación) y normalizada en función de las vivencias, dominando el accionar cotidiano.

Por su parte, es probable que exista una alta vinculación entre el material audiovisual que consumen los jóvenes con la representación social que construyen de masculinidad, pues se suele presentar un modelo con características de rebeldía, nulo interés en ideas de amor romántico, maldad, dominancia sobre sus pares y el deber protector o incluso salvador, legitimado por el ejercicio del poder. Bruel et al. (2013) plantean que las representaciones sociales están profundamente relacionadas con las construcciones socioculturales, que establecen rasgos específicos que se difunden a través de los procesos de socialización y comunicación, moldeando así patrones de comportamiento.

De manera particular, se encontró un joven que manifiesta verse como masculino, aun teniendo gustos “femeninos”, demostrando temor de expresarlo públicamente. Esta situación podría interpretarse como una salida de la denominada “caja de masculinidad” (Heilman et al., 2017), en la cual el sujeto deja de responder al modelo socioculturalmente heredado y se desarrolla una masculinidad alternativa. Sin embargo, como evidencia este caso, cuando una identidad masculina se separa de la noción dominante, suele convertirse en una masculinidad subordinada, es decir, concebida como inferior o de menor valor ante los demás hombres (Villaseñor-Farías y Castañeda-Torres, 2003).

En esta misma línea, se observó que los jóvenes perciben los modelos de masculinidad generales frecuentemente representados en los medios de comunicación como postizos y ajenos a su realidad, por estar asociados a hombres con privilegios económicos, educativos, laborales e incluso, de poder tener conductas despectivas y de sometimiento hacia otros hombres. Dávila (2004) menciona que los jóvenes que pertenecen a estratos socioeconómicos bajos, viven constantes presiones basadas en el modelo tradicional de ser hombre por falta de acceso a recursos económicos o laborales. Esto constituye una experiencia contradictoria que resulta incluso dolorosa y de angustia que termina, en palabras de Zubillaga (2005), en la pérdida de esperanza a tener una formación académica y una remuneración a futuro, adentrándose en las prácticas ilegales como la opción más viable de acceder a esos privilegios.

Asimismo, para los jóvenes el barrio cobró un rol primordial, pues es un escenario donde suceden prácticas que ellos definen como propias de los hombres, aunque es proclive a la violencia. En este espacio se consolidan vínculos con los pares, quienes también actúan como mentores para aprender a ser hombre, por medio del robo o el empuñar un arma. Dávila (2004) explica que la calle representa para los jóvenes la oportunidad ideal para la transgresión de las reglas e ir en contraposición a la familia y al orden social. Sobre el arma, señala Zubillaga (2005), que se convierte en una herramienta para la obtención del sobrevalorado respeto de otros hombres

en el espacio público, especialmente cuando se hace parte de un grupo social como las oficinas de sicariato o barras bravas, donde se exige demostrar osadía y violencia como formas de validación masculina.

Por otro lado, se encontraron tres vertientes principales sobre las características de la masculinidad. La primera corresponde a las enseñanzas culturalmente normadas, es decir, aquellas que los jóvenes han aprendido como mandatos sociales, como son que un hombre debería estudiar, trabajar, proveer el hogar, ganarse el respeto de otros hombres, cumplir su palabra, respetar a las mujeres, ser leales con sus pares, ser ambiciosos y obstinados por sus objetivos, así como el desempeño de oficios relacionados con la construcción. La segunda está asociada a los esquemas representacionales de los jóvenes y se consideran fundamentales en el ser masculino, pues sitúan al varón como heterosexual, tener testículos y pene, ser insensible, fuerte, rabioso, intolerante, entre otros. Y finalmente, la tercera vertiente son las prácticas normalizadas como masculinas en el contexto social de los participantes; estas son jugar fútbol o billar, el consumo de alcohol u otras SPA y la realización de acciones delictivas. Las primeras dos vertientes corresponden al modelo hegemónico de masculinidad, mientras que la tercera representa una forma de expresión masculina más cercana o posible dentro del contexto social en el cual se socializan los jóvenes.

Por otra parte, se afirma que las actitudes de los jóvenes participantes se derivan especialmente del patriarcado como ente máximo regulador. Este se entiende como la organización jerárquica e histórica de la sociedad, en la cual impera la figura masculina sobre la femenina (Villarreal, 2003). De dicho orden se desprende una cultura machista que se manifiesta en el menosprecio hacia la mujer, la discriminación racial y el ejercicio de la violencia contra las mujeres y/o las minorías (Lugo, 1985). Este mandato, atravesado por la violencia sexista y un régimen heteronormado, se encuentra presente en las representaciones de estos jóvenes, quienes evidenciaron un consenso contundente frente al modelo de masculinidad hegemónica y una aceptación generalizada de actitudes negativas frente a masculinidades alternas. Los participantes validaron un modelo de ser hombre basado en la heterosexualidad, la poca expresión emocional, la fuerza física, el trabajo, la inteligencia, el rol proveedor y protector de la familia, el ímpetu y la capacidad de liderar. En contraste, presentaron rechazos, insultos, señalamientos e incluso aversión frente a expresiones masculinas diferentes al modelo hegemónico, especialmente las relacionadas con ser gay.

Por su parte, algunos jóvenes mostraron actitudes negativas frente al modelo de masculinidad hegemónico, al considerar inconcebible que en la actualidad se mantengan ideas como la superioridad del hombre hacia la mujer, la crianza como una tarea exclusiva de la mujer o la restricción hacia los hombres de realizar actividades como cocinar. Estas actitudes significan a la luz del presente estudio que en la actualidad algunos jóvenes han logrado cuestionar algunas demandas, que de ser reforzadas podrían crear a futuro nuevos esquemas sociales.

Addis (2011) señala que, debido a los estereotipos arraigados a la figura masculina, la vulnerabilidad es un tema invisibilizado en los varones. En este estudio se deduce que dicha vulnerabilidad es inconcebible dentro del modelo idealizado de masculinidad para los participantes, puesto que no se permite mostrar debilidad, incapacidad o falta de control frente a otros hombres. Ante la posibilidad de no cumplir con los mandatos asociados al rol masculino -como la protección o provisión familiar-, algunos prefieren exponerse a situaciones de alto riesgo o incluso contemplar el suicidio como única salida. Lo anterior, se corrobora con la historia del único participante homosexual, quien se encuentra cumpliendo una sanción por tentativa de acceso carnal violento y feminicidio. Según su relato, este acto fue motivado por la presión de ajustarse a los comportamientos hipersexualizados y heteronormativos de la masculinidad hegemónica. Esto concuerda con el hallazgo de Villaseñor-Farías y Castañeda-Torres (2003), que desde el ejercicio de la socialización se da la reproducción de pensamientos machistas, patrones familiares de violencia y cultura de inequidad de género que generan altos niveles de presión social, lo cual conllevan a los hombres a infringir este tipo de violencia. Así, tanto la violencia urbana como la sexual son dos mecanismos para consolidar el rol del ideal masculino en el escenario público.

Ahora bien, el campo representacional sobre la masculinidad se entiende como la esquematización de los elementos para interpretar la información (Moscovici, 1993), y se divide en dos procesos: la objetivación y el anclaje. El primero genera la normalización de los conceptos, los cuales se convierten en mediadores que materializan la realidad cotidiana de los jóvenes participantes (Araya-Umaña, 2002). En este estudio, los elementos representacionales que emergen con fuerza son el ser menor, la calle, las armas, la muerte y las liebres (enemigos), los cuales tienen un significado propio en las prácticas cotidianas vinculadas al delito. Por ejemplo, ser menor, equivale a una obligación de demostrar fuerza y dominio, pues de no hacerlo, se corre el riesgo de ser sometido por otros; además, la condición de ser menor representa ventaja por evadir sanciones judiciales severas.

La calle, por otro lado, es entendida como el escenario histórico en el que se interpreta el rol masculino a la luz de los demás, quienes esperan de él un comportamiento conforme a un molde idealizado, a cambio de valoración y validación de la propia identidad. En palabras de Cazés (2004), este es un fenómeno instaurado en la cultura, pues la calle termina siendo objetivizada como un espacio legítimo de pertenencia para los hombres, a quienes se les ha asignado el protagonismo social y público.

Por último, el proceso de anclaje se entiende como el mecanismo mediante el cual la sociedad introduce dispositivos que permiten la integración de lo novedoso, la interpretación de la realidad y la orientación final de las conductas y de las relaciones sociales (Jodelet, 1986). Para este estudio, se identifica que el poder es el concepto

anclado que materializa la representación social de masculinidad entre los jóvenes que ejercen la violencia urbana. El poder les permite hacer y obtener lo que se desea, pues, para los jóvenes participantes, este se alcanza principalmente a través de la pertenencia a una familia o mediante la obtención de dinero, tanto para sí mismos como para la provisión de ese vínculo primario. Sin embargo, cuando esto no se presenta, aparecen como alternativa las armas y la ejecución de la violencia como otros elementos relacionados al poder, lo que sustenta que los hombres vinculados a la violencia urbana se encuentran altamente anclados a la idea de ser varones desde el ideal del poder viril, en función de la representación dominante de masculinidad.

Conclusiones

Se concluye que la construcción de las representaciones sociales de las masculinidades en los jóvenes que participaron en el presente estudio se relaciona con la desigualdad de género en el involucramiento en contextos de violencia urbana, una problemática que ha sido atribuida a los hombres casi de forma naturalizada. Esto ha llevado a que dichos jóvenes normalicen el delito y la violencia como actos que no les genera mayor conmoción, más allá del cumplimiento de una misión que les ha sido conferida. Asimismo, se suman las condiciones sociales, políticas y económicas de un país como Colombia, donde la pobreza y la pobreza extrema han generado la precarización de ciertos grupos poblacionales, que recurren al narcotráfico, el hurto, las oficinas de sicariato, la extorsión, entre otros medios, como formas de obtener recursos económicos (Departamento Administrativo Nacional de Estadística, 2020). Particularmente, el narcotráfico, más allá de brindar una forma rápida de conseguir dinero, ha instaurado en el contexto colombiano una idolatría hacia un modelo de masculinidad cimentado en la fuerza, la ausencia de miedo, la rudeza, la insensibilidad y el machismo (Muñoz, 2017).

Adicionalmente, las dinámicas familiares marcadas por la presencia de modelos que ejercen violencia constituyen un detonante central para que los jóvenes ingresen a la violencia urbana, ya que, mediante la observación, reprodujeron de forma continua el ideal del hombre dominador ante la sociedad y proveedor ante la familia. Por su parte, el consumo de SPA fue otro factor mediador que incentivó la violencia, pues, al estar bajo los efectos, se alteran los sentidos, generando, según relatan los participantes, una sensación delirante de grandeza, mayor fuerza y sobrecarga de energía. Estas alteraciones los desinhibe del miedo, la temeridad o la prudencia y, por el contrario, los reviste de la valentía que los impulsa a enfrentarse a cualquier situación de riesgo.

Este estudio indica que hay una sobrecarga por parte de los participantes por demostrar que no son mujeres, por proyectar que son rudos, de tomar la responsabilidad de cualquier problema, de no poder expresar emociones, entre otros

rasgos atribuidos a la masculinidad. Estos elementos revelan que, al profundizar en sus representaciones sociales, los jóvenes logran identificar aspectos que han sido normalizados.

A partir de los hallazgos, se recomienda diseñar planes de intervención desde el ámbito familiar, educativo y comunitario, orientados a la deconstrucción de nociones de masculinidad que afectan negativamente sus interacciones cotidianas y que incrementan la probabilidad de vinculación a situaciones de riesgo, afectando el bienestar psicosocial de los jóvenes. Adicionalmente, es fundamental que, dentro de los planes estatales como políticas públicas de juventudes que actualmente se están desarrollando en el país, se reconozca la violencia como un factor de riesgo transversal en la socialización sistemática del género masculino. Esto permitiría construir planes de acción que contemplen la deconstrucción de las ideas hegemónicas que usualmente conducen hacia la violencia urbana, conllevando en su lugar procesos de resignificación de los ideales masculinos dentro de la misma estructura social que históricamente ha marginado a estos jóvenes. Es primordial empezar a generar posturas políticas y sociales alternas que problematicen el tratado implícito entre el género masculino y la violencia, entendida esta última como el principal vehículo socialmente aceptado de la realización del ideal varonil.

Referencias

- Addis, M.E. (2011). *Invisible Men. Men's inner lives and the consequences of silence*. Times Books.
- Araya-Umaña, S. A. (2002). *Las representaciones sociales: ejes teóricos para su discusión*. FLACSO. https://www.flacso.ac.cr/images/cuadernos/ccs_127.pdf
- Baird, A. (2012). The violent gang and the construction of masculinity amongst socially excluded young men. *Safer Communities*, 11(4), 179-190. <http://dx.doi.org/10.1108/17578041211271445>
- Berger, P. y Luckmann, T. (1968). *La construcción social de la realidad* (Vol. 975). Amorrortu editores. <https://redmovimientos.mx/wp-content/uploads/2020/07/La-Construcci%C3%B3n-Social-de-la-Realidad-Berger-y-Luckmann.pdf>
- Bourdieu, P. (1996). La dominación masculina. *Revista de Estudios de Género, La Ventana*, (3), 7-95. <https://revistalaventana.cucsh.udg.mx/index.php/LV/article/view/2683/2436>
- Briceño-León, R. (2002). La nueva violencia urbana de América Latina. *Sociologías*, (8), 34-51. <https://www.scielo.br/j/soc/a/BShMht44tr97Xx6BYk6TPvv/?format=pdf&lang=es>
- Bruel, T.C., Scarparo, H.B., Calvo, A.R., Herranz, J.S. y Blanco, A. (2013). Estudio psicosocial sobre las representaciones sociales de género. *Diversitas: perspectivas en psicología*, 9(2), 243-255. <http://www.scielo.org.co/pdf/dpp/v9n2/v9n2a02.pdf>
- Butler, J. (2006). Regulaciones de género. *La ventana. Revista de estudios de género*, 3(23), 7-35. https://www.lazoblanco.org/wp-content/uploads/2013/08manual/bibliog/material_masculinidades_0113.pdf

- Campero, R. (2010). "Hombres al Frente. Arquitectura corporal y masculinidad." *Revista La Callejera*, (1).
- Cazés, D. (2004). El feminismo y los hombres. En C., Lomas, C. (comp.), *Los chicos también lloran* (pp. 35-44). *Barcelona (España)*: Paidós.
- Connell, R. W. (1995). *Masculinities*. <https://cutt.ly/qhhTd12>
- Cruz, S. (2011). Homicidio masculino en Ciudad Juárez: costos de las masculinidades subordinadas. *Frontera norte*, 23(46), 239-262. https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0187-73722011000200009
- Dávila, R.P. (2004). *Representaciones de la masculinidad en adolescentes de dos grupos de diferente estrato socio-económico de Lima Metropolitana* (Doctoral dissertation Thesis de pregrado, Pontificia Universidad Católica del Perú).
- De Keijzer, B. (1997). El varón como factor de riesgo: masculinidad, salud mental y salud reproductiva. *Género y salud en el Sureste de México, México, ECOSUR-UJAD*, 199-219.
- Decreto 1081 de 2015. (2015, 26 de mayo). Presidencia de la República de Colombia. <https://www.mincit.gov.co/ministerio/normograma-sig/procesos-de-apoyo/gestion-documental/documentos/decretos/decreto-1081-de-2015.aspx>
- Decreto 1377 de 2013. (2013, 27 de junio). Presidencia de la República de Colombia. <https://www.alcaldiabogota.gov.co/sisjur/normas/Norma1.jsp?i=53646>
- Delgado, J.M. (2016). "La otra vulnerabilidad" masculinidades y violencia urbana en el espacio público de Ciudad Juárez. *Revista Interdisciplinaria sobre estudios Urbanos*, 1(1), 43-71. <https://doi.org/10.20983/decumanus.2016.1.3>
- Departamento Administrativo Nacional de Estadística. (2020). *Defunciones por área donde ocurrió la defunción y sexo, según grupos de edad, total nacional* (Hechos ocurridos y grabados entre el 1 de enero de 2019 y el 31 de diciembre de 2019).
- Díaz, C. (2004). Teoría y metodología de los estudios de la mujer y el género. *Policopiado, Neuquén*.
- Guzmán, M.L. y Díaz, M.E. (2014). Representaciones sociales de la masculinidad. En F. Flores-Palacios (coord.), *Representaciones sociales en contextos de investigación con perspectiva de género*, (pp. 169-190). Universidad Nacional Autónoma de México y Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias.
- Heilman, B., Barker, G. y Harrison, A. (2017). La caja de la masculinidad: un estudio sobre lo que significa ser hombre joven en Estados Unidos, el Reino Unido y México. Promundo US, Uniliver. <https://masculinidades.org/wp-content/uploads/2020/12/La-Caja-de-la-masculinidad-Hallazgos-clave.pdf>
- Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses. (2024). *Boletín estadístico mensual. Grupo Centro de Referencia Nacional sobre Violencia-GCERN*. https://www.medicinalegal.gov.co/documents/20143/1003294/Boletin_diciembre_2024.pdf
- Jodelet, D. (1986). La representación social: fenómenos, concepto y teoría. En S. Moscovici (Ed.), *Psicología social II: Pensamiento y vida social, psicología y problemas sociales* (pp. 469-506). Buenos Aire, Argentina: Paidós Iberica, S.A

- Katzkowicz, S., La Buonora, L., Semblat, F. y Pandolfi, J. (2017). *Masculinidades jóvenes desde una perspectiva de género*. <https://www.gub.uy/ministerio-desarrollo-social/sites/ministerio-desarrollo-social/files/documentos/publicaciones/875.pdf>
- Kaufman, M. (1999). *Las siete P's de la violencia de los hombres*. <https://www.michaelkaufman.com/wp-content/uploads/2009/01/kaufman-las-siete-ps-de-la-violencia-de-los-hombres-spanish.pdf>
- Ley 1098 de 2006. (2006, 8 de noviembre). Congreso de Colombia. <https://www.icbf.gov.co/sites/default/files/codigoinfancialey1098.pdf>
- Ley Estatutaria 1581 de 2012. (2012, 17 de octubre). Función Pública. <https://www.funcionpublica.gov.co/eva/gestornormativo/norma.php?i=49981>
- Lugo, C. (1985). Machismo y violencia. *Nueva sociedad*, 78, 40-47. https://static.nuso.org/media/articles/downloads/1288_1.pdf
- Montenegro, J.L., Orcasita, L.T., Tunubala, L.A., y Zapata, L.J. (2019). Representaciones sociales sobre masculinidad y paternidad en padres con hijos gays. *Investigación en Enfermería: Imagen y Desarrollo*, 21(1). <https://doi.org/10.11144/Javeriana.ie21-1.rsmg>
- Moscovici, S. (1993). Toward a Social Psychology of Science. *Journal for the Theory of Social Behavior*, 22(4), 343-373. <https://doi.org/10.1111/j.1468-5914.1993.tb00540.x>
- Muñoz, H. (2017). *Hacerse hombres: La construcción de masculinidades desde las subjetividades*. Fondo Editorial FCSH.
- Organización Panamericana de la Salud. (2019). *Masculinidades, socialización y salud en la Región de las Américas. Resumen*. <https://iris.paho.org/bitstream/handle/10665.2/51667/opsecg1901-spa.pdf?sequence=3&isAllowed=y>
- Ospina, M. (2014). Representaciones sociales de masculinidad en estudiantes hombres de la Universidad Católica Popular de Risaralda. *Revista Académica e Institucional de la UCPR*, (77), 69-84. <https://revistas.ucp.edu.co/index.php/paginas/article/view/2203/2043>
- Resolución 8430 de 1993. (1993, 4 de octubre). Ministerio de Salud. <https://www.minsalud.gov.co/sites/rid/Lists/BibliotecaDigital/RIDE/DE/DIJ/RESOLUCION-8430-DE-1993.PDF>
- Salgado, A.C. (2007). Investigación cualitativa: diseños, evaluación del rigor metodológico y retos. *Liberabit*, 13(13), 71-78. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=68601309>
- Sanz, C.M.S., Noriega, A.N., Noguero, C.N. y Serra, R. (2018). Manejo de la técnica Fotovoz como herramienta comunitaria. *RqR Enfermería Comunitaria*, 6(3), 42-56. <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/6861646.pdf>
- Scharager, J. y Reyes, P. (2001). Muestreo no probabilístico. *Pontificia Universidad Católica de Chile, Escuela de Psicología*, 1-3. <https://bit.ly/36dqYhn>
- Schöngut, G.N., (2012). La construcción social de la masculinidad: poder, hegemonía y violencia. *Psicología, Conocimiento y Sociedad*, 2(2), 27-65. <https://www.redalyc.org/pdf/4758/475847408003.pdf>
- Tobón, J.D., Loaiza, D., Villa, C., Avendaño, C., Gómez, M. y Navia, M.F. (2009). Representaciones sociales sobre la construcción del rol masculino en hombres adolescentes escolarizados en el municipio de Medellín. *Revista CES psicología*, 2(1), 3-19. <https://www.redalyc.org/pdf/4235/423539414002.pdf>

- Villarreal, A. L. (2003). Relaciones de poder en la sociedad patriarcal. *Revista Espiga*, 4(7), 75-90. <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/5340156.pdf>
- Villaseñor-Farías, M. y Castañeda-Torres, J. (2003). Masculinidad, sexualidad, poder y violencia: análisis de significados en adolescentes. *Salud Pública de México*, 45(1), S44-S57. <https://www.scielo.org.mx/pdf/spm/v45s1/15445.pdf>
- Viveros, M. (2002). *De quebradores y cumplidores: sobre hombres, masculinidades y relaciones de género en Colombia*. Universidad Nacional de Colombia.
- Wang, C.C. y Redwood-Jones, Y.A. (2001). Photovoice ethics: Perspectives from Flint photovoice. *Health education & behavior*, 28(5), 560-572. 10.1177/109019810102800504 <https://pubmed.ncbi.nlm.nih.gov/11575686/>
- Zubillaga, V., (2005). La carrera moral del hombre de respeto y armas. Historias de vida de jóvenes y violencia en Caracas. *Revista venezolana de psicología clínica comunitaria*, 5, 13-53. <http://biblioteca2.ucab.edu.ve/anexos/biblioteca/marc/texto/Psicologia%20Clinica5.pdf>